



01/08/2017

LISTOS PARA LA COSECHA Juan 4: 34-39

2017 nos dio la bienvenida con la estadística de que Chicago acababa de cerrar su año más violento en los últimos 19 años. Registró más asesinatos que las ciudades de Nueva York y Los Ángeles juntas. Todavía no se cumplía la primer semana del año nuevo y Estados Unidos ya había sufrido su primer masacre, esta vez en el Estado de la Florida, cuando un joven de tan solo 26 años, de origen hispano, mató a cinco personas e hirió otras tantas. En México, el enojo del pueblo por el llamado “gasolinazo” ha servido como excusa para algunos para saquear todo lo que se encuentren a su paso. El mundo se pierde cada vez más sin Cristo, sin fe y sin esperanza. El mundo necesita a Cristo. Este un llamado urgente para llevar el mensaje de salvación.

La semana pasada prediqué acerca de unos de los pasajes, no solamente más tiernos, sino de los que mayor urgencia muestran en cuanto al tema del Evangelismo, es decir, en cuanto a la urgencia de llevar el mensaje de Cristo, el mensaje de las Buenas Nuevas de salvación para el mundo; el mensaje del perdón de pecados, el mensaje de la vida eterna de gozo en la presencia inseparable de Dios, en donde el pecado no domina más y por lo tanto, ya no hay enfermedad, dolor, tristeza, miseria, etc. ¿Ve a qué me refiero cuando hablo de urgencia?

Hoy vamos a ver un ejemplo de la importancia de llevar el Evangelio a quien no conoce del Señor, a través de la historia entre el Señor Jesús y la mujer samaritana. Vamos a tener que regresarnos unos cuantos versículos para poder entender la historia. En primer lugar, notamos que el Señor Jesús *sintió la necesidad* de pasar por Samaria (v.4). Él venía de la región de Judea e iba rumbo a su casa en Galilea. Samaria se encuentra en medio de Judea y Galilea. Los judíos consideraban a los samaritanos como *impuros* y no se querían “contaminar” ni juntándose con ellos, ni pasando por su provincia. Así es que preferían rodear la provincia de Samaria para llegar a su destino. ¿Por qué es importante aclarar esto? Porque cuando la Palabra de Dios dice que le era necesario pasar al Señor Jesús por la región de Samaria, no se refiere a una necesidad de obligación o de trámite; ejemplo, si usted quiere *obtener* un título, usted *tiene que* estudiar una carrera. La necesidad que se presenta aquí es más bien de carácter moral, como cuando usted no está obligado, pero siente

en su corazón la necesidad de ayudar a alguien. Si el Señor Jesús, que podía rodear conforme a la costumbre para llegar a su destino, ha decidido pasar a través de la provincia, es porque su necesidad era moral. En cualquier caso, sea de carácter obligatorio o moral, una necesidad, según el DRAE, es un impulso irresistible que hace que las cosas sucedan, es algo imposible de resistir o rechazar, es un peligro ante el cual se precisa un auxilio urgente. Pues bien, todo esto es lo que estaba sintiendo nuestro Señor Jesucristo. Ojalá que esta también sea nuestra necesidad, sobre todo ahora que el Señor nos ha regalado zapatos nuevos, de la mejor calidad, para llevar las Buenas Nuevas. Recuerde, necesidad es igual a urgencia. ¿Qué necesidad, es decir, qué urgencia tenía el Señor?

Resulta que los discípulos se habían ido a la ciudad a comprar algo de comer y el Señor Jesús se había quedado a descansar junto a un pozo de agua llamado *el pozo de Jacob (v.6)*. Por cierto, para los “evangelistas” que les gusta viajar en jets privados y automóviles de lujo, la forma de viajar del Señor, era una forma pobre. Si fuera rico, no se habría recostado en la boquilla del pozo, sino en un lujoso carruaje. La cosa es que el Señor no quiso acompañar a los discípulos; seguramente se quedaría para hacer algo, seguro tenía algo en mente.

Pues hasta ese lugar llegó una mujer para sacar agua del pozo y allí es cuando entendemos cuál era esa necesidad, esa urgencia del Señor Jesús para llegar allí. Jesús comienza una conversación con aquella mujer rompiendo todos los esquemas, todos los formulismos, todos los legalismos de la época. En primer lugar, un hombre no podía hablar a solas con una mujer, y si era un rabino, como en el caso del Señor, menos. Y si la mujer tenía mala reputación, como parece ser el caso de la samaritana, mucho menos. Y si era samaritana, peor. Pero el Señor rompió todos esos esquemas legalistas para llevarle el mensaje de esperanza a la mujer. Era urgente para aquella mujer recibir el mensaje.

Si leemos con detalle los versículos 12 al 26, notaremos que aquella mujer vio al Señor como la mayoría de nosotros lo vemos cuando nos hablan de Él. Primero lo vio a través de los ojos de la religión. Los samaritanos también esperaban la llegada del Mesías al igual que los judíos. Después, al seguir platicando con Él, lo vio como un profeta porque le dijo la verdad de su vida, pero notamos un tono más bien burlón en su hablar; después se vuelve a esconder en la religión y finalmente termina reconociéndolo como el Mesías tan esperado. Al reconocerlo como el

Cristo, dejó sus cosas allí y se fue a dar testimonio a todo el pueblo del encuentro personal que acababa de tener con el Mesías. Esto es algo que todos los que hemos tenido ese encuentro de salvación con el Señor deberíamos de hacer desde el principio. Así no estaríamos batallando años después para llevar el mensaje de salvación.

En eso, llegaron los discípulos, pero ninguno de ellos se atrevió a cuestionarle nada a su Maestro; solamente le ofrecieron de comer y aquí es donde comienza nuestro relato de hoy.

“Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (v.34).

Esto significa que la misión que tenía que cumplir el Señor, era más importante para Él que comer. Bien lo había dicho ya justo al inicio de su Ministerio cuando fue tentado por satanás quien le ofreció pan cuando el Señor estaba en ayuno: *“Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4)*. El Señor vivía para obedecer a su Padre; vivía para hacer su voluntad y su voluntad es la salvación de los pecadores como dice el Apóstol Pablo: *“El cual quiere que **todos** los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1Ti. 2:4)*. También el Apóstol Pedro lo aprendió de su amado Maestro cuando escribió: *“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que **ninguno** perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2P. 3:9)*. Este versículo 34 nos enseña la satisfacción que se siente al cumplir la voluntad de Dios, pero también nos enseña cuán importante y urgente es la tarea de la salvación de las almas.

“¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega” (v.35).

La tarea de la salvación de las almas el Señor la compara con la tarea del cultivo o siembra. Pablo dice que los creyentes somos cultivo de Dios (1Co. 3:9). Es decir, ha sido su semilla (la Palabra) sembrada en la persona, esa semilla ha sido regada y ha producido un fruto (la fe). La gente de aquel tiempo sabría muy bien los tiempos de la siembra y de la cosecha; es decir, podían tener una buena lectura de la tierra y de la forma en que se desarrollaba la planta sembrada, ¿lo sabrían también en cuanto a las cosas espirituales?, es decir, ¿podrían identificar los tiempos de siembra, riego y cosecha en cuanto al Evangelio? Tal vez los discípulos

estarían pensando que los samaritanos todavía no estaban preparados para recibir el mensaje; así que para ellos no hay ninguna prisa. El Señor les está dando una tierna reprimenda.

El trigo era el grano más común que se sembraba en Palestina y es de color dorado cuando está listo para ser cosechado, pero el Señor Jesús dijo que voltearan y miraran hacia los campos, que ya estaban *blancos* para la siega. Segar significa recoger el fruto. El Señor Jesús vio los campos blancos, no dorados, ¿qué fue lo que vio? Recordemos que el Señor había estado con la samaritana quien finalmente creyó que había encontrado al Mesías. Entonces ella fue al pueblo a dar testimonio de aquel encuentro con el Cristo (vv.28-29). Dice la Palabra: *“Entonces salieron de la ciudad y vinieron a Él”* (v.30). Lo que el Señor miró y a donde hizo que apuntaran sus discípulos era a las montañas para que vieran la multitud de batitas blancas o túnicas blancas que venían bajando para tener un encuentro con Él. Era la multitud de personas a la que la mujer samaritana le había hablado. La samaritana fue el primer fruto de la cosecha; ahora vendría una multitud de personas para escuchar el mensaje.

“Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega” (vv.36-37).

La palabra *salario* se puede traducir como *recompensa*. El Señor Jesús dice que ningún colaborador del Señor se quedará sin recompensa. La mayor de ellas, sin duda, será haber dado fruto que es para vida eterna; es decir, la mayor satisfacción de un creyente, su más grande recompensa, será ver un alma salvada. Créame, eso no tiene ninguna comparación, ni se puede describir con palabras. Y todos los que colaboraron, es decir, aquel que sembró hablándole a la persona de la Palabra, aquel que le dio seguimiento y aquel que finalmente vio el fruto, se gozarán juntos. Pablo entendió muy bien la enseñanza de su Señor cuando le dijo a la Iglesia en Corinto: *“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”* (1Co. 3:6-9). El trabajo de Evangelización es un trabajo de equipo; no hay competencia, todos trabajamos para el mismo Patrón, todos celebramos igual y Dios nos recompensa a todos.

“Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores” (v.38).

En la tarea de Evangelización a veces tocará sembrar la semilla, otras veces tocará estar regando y otras tantas tocará cosechar lo que otros sembraron o plantaron. En el caso de los discípulos, ninguno de ellos les había predicado la Palabra a los samaritanos y ahora una multitud viene hacia ellos. A ellos les va a tocar cosechar.

“Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho” (v.40).

¿El resultado final? Muchos creerán. Otros tal vez no, o no por lo menos en ese momento. Tal vez a otro le toque cosechar lo que usted o yo sembramos. Pero usted y yo tendremos la satisfacción del deber cumplido y el gozo de haber sembrado la semilla de la salvación en Cristo a muchos.

Conclusión.

El mundo se pierde porque no conoce a Cristo. El mundo necesita a Cristo y ojalá podamos sentir ese sentimiento angustia al ver tanta perdición y tener ese sentimiento de urgencia para llevar el mensaje como lo hizo el Señor. No tenemos qué seguir los esquemas establecidos a lo largo de la historia; podemos romperlos mientras no diluyamos o cambiemos el mensaje del Señor conforme a su Palabra. El Señor Jesús lo hizo con la mujer samaritana y la alcanzó para salvación y luego ella fue el instrumento para llevar ese mismo mensaje a todo un pueblo.

No tenga miedo de llevar el mensaje. Probablemente querrán rechazarlo escudándose en una religión, probablemente se burlarán de lo que decimos; al Señor le llamó la mujer profeta, a nosotros tal vez “aleluyas”, etc. Pero nosotros tenemos qué hacer como el Señor. Con la mujer samaritana, el Señor no entró en un debate religioso o teológico para demostrarle cuán equivocada estaba, o para humillarla, ni mucho menos para juzgarla. El Señor simplemente expuso su mensaje con mucha firmeza, sin entrar en esos juegos que desvían la atención. Expuso su mensaje no para ganarle sino para ganarla, para salvarla. Expuso su mensaje con amor. Esa debe ser nuestra actitud con aquellos que no conocen de Cristo.

Hoy en día hay millones por allí que se nos cruzan por el camino que no conocen el mensaje de salvación, o que creen conocerlo sujetándose a lo que les dice una religión o secta. Ellos se van a perder si no les anunciamos el mensaje del Señor. Muchos de ellos ya han sido evangelizados, pero falta quien vaya y recoja el fruto. Muchos de ellos ya han sido tocados por Dios, pero ellos todavía no lo saben; hace falta quien cierre ese proceso para que vengan a los pies del Señor. Hoy el Señor nos dice a nosotros también que miremos las calles, las plazas, las lavanderías, etc., muchos de ellos ya están listos para recibir al Señor y otros son tierra para sembrar semilla. La pregunta es, ¿quién irá por ellos?, ¿quién será el instrumento en manos de Dios para llevarles la salvación en Cristo? Es mi oración que seamos usted y yo. También nuestros campos están blancos para la siega. Amén... Vamos a orar...